

se a ello vamos a detenernos en la consideración de lo que ha de quedarnos como esencia de la imperialidad de Cervantes, como savia que nutra nuestra íntima convicción de los grandes valores españoles.

* * *

Cervantes es —digámoslo antes de esquematizar sus valores imperiales— en su obra una mezcla de Renacimiento (ansia de clasicismo) y de barroquismo, de norma y de exaltación, de medida y de fantasía, de serenidad y de pasión. La perennidad —y consecuentemente la universalidad— de su obra, estriba en que no fué hijo de una escuela, de una sola faceta, de forma tal que no reflejará más que el mundo al cual se orientaran sus preferencias, sino que reflejó al hombre total que, abierto a lo inmutable y a lo multiforme, tiene, como los diamante, caras para reflejar todas las luces. Educado en tiempos del Renacimiento, tiene sus raíces formativas, a través de las cuales absorbió su primera savia, en el gusto por lo clásico, en su afición por lo ponderado y armónico, en su amor por los grandes maestros de la Antigüedad, que establecieron normas para todo. Pero su pecho y su cabeza, henchidos por la tremenda tempestad de la vida hispana, en la cual le correspondió vivir, respiran en un mundo de aventura y dinamismo, de fuerza tempestuosa, que asfixian su placidez clásica y le arrancan de su propio ser, exuberantes ramas barrocas.

Pero de esta lucha, que nunca en él se decide, saca Cervantes su universalidad. Este conflicto de tendencias, que en una mente enclenque sería la ruina —pues se ahogaría en la duda y el eclecticismo—, es favorecida por su personalidad poderosísima, que es el origen de su fuerza, pues Clasicismo y Barroquismo se funden en él y, por lo tanto, en su obra.

Ya tenemos un primerísimo valor de Cervantes, que nos da su total dimensión imperial: universalidad. Toda ansia imperial tiende a esto, a la universalidad. Y esta universalidad ha de ser esencialmente espiritual, que es, como hemos visto infinidad de veces, a lo largo de nuestras recordaciones, un modo de Imperio. Y lo importante en esta



universalidad, lograda por Cervantes, es que se trata de una universalidad de cuño hispano, que impone —de ahí *imperio*— la fórmula española de la nueva postura del hombre frente al mundo.

Don Quijote —con sus quijotismos, valga